



RÍO es RÍO

Por **Silvina Pini**
Fotos de **Inês Laborim**



Más maravillosa que nunca, la ciudad se prepara para ser la sede del próximo Mundial de Fútbol en 2014 y de los Juegos Olímpicos en 2016, pero no hace falta el deporte como excusa para ir a visitarla y caer rendidos a sus pies.

A

divirtámoslo de entrada: Río no es Brasil, es Río. La ciudad maravillosa se rige por reglas propias. Como en pocos lugares del mundo, en Río de Janeiro, paisaje y gente son casi lo mismo: alegría, color, celebración permanente. Como en pocos lugares también, arquitectura y naturaleza se entrelazan con fluidez. Playas, cerros, edificios, veredas de piedritas blancas y negras, arena, todo parece esculpido por el mismo cincel. Se asiste, eso sí, a una lucha sin cuartel entre la arquitectura y la vegetación, como si los edificios mantuvieran a raya un verde salvaje dispuesto a devorarlos. En Río se disputan la mirada las orquídeas que florecen en plena avenida céntrica, las mujeres que caminan como panteras, los brillos del sol sobre el mar omnipresente, las frutas que se exhiben en los bares y un cerro que irrumpe a la vuelta de cada esquina. La inusual combinación de cerro, playa y vegetación selvática hace de Río una gema única. Casi 20% de su superficie está cubierta de plantas, lo que la convierte en la floresta urbana más grande del mundo.

Río es Río, y atrapa a quien lo pisa. Es fácil entender que es una ciudad que ha crecido desde el puerto hacia el oeste. Cuando su descubridor, André Gonçalves, entró con su embarcación por las tranquilas aguas de la Bahía de Guanabara en enero de 1502, pensó que estaba en aguas de un río, un día de enero (*janeiro* en portugués). Tres siglos más tarde, en 1808, la familia real en pleno se instaló con toda su corte y convirtió esta ciudad en la capital informal de Portugal. Fue la primera y única vez que un rey fue a vivir a sus colonias y esa distinción parece persistir hasta hoy. Alrededor del puerto se desarrolló el centro histórico, que actualmente concentra la actividad económica y donde se conservan algunos de los edificios e iglesias más antiguos. El crecimiento impulsó la construcción de nuevos barrios en torno a la bahía: Lapa y Urca, al pie del Pan de Azúcar, fueron los re-

ductos de la vida bohemia en los años veinte. En Urca se inauguró, en 1933, uno de los pocos casinos de Brasil, donde debutó Carmen Miranda en 1938; fue cerrado en 1946, cuando se prohibieron los juegos de azar. Urca sigue siendo la zona preferida de artistas y músicos, y es una de las más caras de la ciudad. Lapa es el centro de la vida nocturna los fines de semana, con bares y restaurantes donde se toca música en vivo. Tal es la actividad que toda el área se vuelve peatonal.

En los gloriosos años cuarenta y cincuenta se levantó el barrio de Copacabana con sus magníficos edificios art déco sobre la Avenida Atlántica, como el hotel Copacabana Palace o el edificio Bahia, en la calle Paula Freitas 16. En los años sesenta y setenta surgieron Ipanema y Leblon, de frente a una misma gran playa dividida por un arroyo que la comunica con la laguna Rodrigo de Freitas a pocas cuadras de distancia. En los ochenta y noventa llegó la hora de Barra da Tijuca, literalmente una barra de tierra de 18 kilómetros entre el mar y las lagunas, donde se levantaron edificios ultramodernos, hoteles y *shop-pings*, por lo que se ganó el nombre de la Miami de Brasil. En idioma tupí de los indios tamoios, *tijuca* quiere decir "tierra mojada".

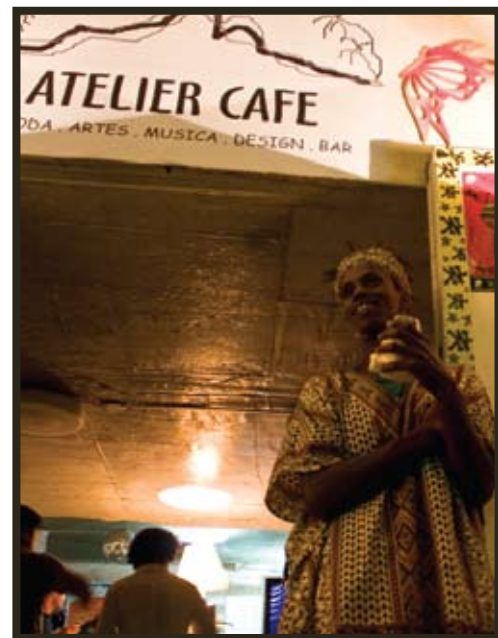
En cualquier otra ciudad, un centro histórico como el de Río atraería el triple de turistas. Los Arcos de Lapa, la elegante confitería Colombo —de 1894— y las callecitas sin ochava de cuando la ciudad estaba iluminada con velas de grasa de ballena justificarían varias visitas. Pero si hay sol, es posible que ni uno solo de los seis millones de cariocas que viven en Río esté allí. Y es lógico, ¿quién quiere estar sentado en un bar cuando todo el mundo está en la playa? La catedral con forma de cono trunco de hormigón y vitrales, construida



LA CATEDRAL METROPOLITANA, OBRA DEL ARQUITECTO EDGAR OLIVEIRA. SIGUIENTE: UNA VISTA DEL CRISTO REDENTOR.

ANTERIOR: MARIO CHERRUTI, DERECHA: INÉS LABORIM

ABAJO: EL ATELIER CAFE.
 DERECHA: EL BAR TÉRÈZE
 EN EL HOTEL SANTA
 TERESA. SIGUIENTE: UNA
 VISTA DEL BAR DO COPA.



¿Quién quiere estar sentado en un bar cuando todo el mundo está en la playa?

por Edgar Oliveira da Fonseca, siguiendo la escuela del maestro Oscar Niemeyer, es una estructura que corta el aliento —amantes de la arquitectura no deberían perderse—, pero ¿cómo competir con la escultura natural del cerro de los Dos Hermanos, que se ve desde la playa de Ipanema y por donde se oculta el sol cada tarde? ¿Deslumbran más los brillos de los *vitreaux* que van de piso a techo o los reflejos del sol en el mar verde que encandila?

Las playas en Río no son sólo un accidente geográfico. Son las venas por donde corre la vida en esta ciudad. En Copacabana, Ipanema y Leblon, la gente vive, se encuentra con otros, se enamora, conversa, toma cerveza, desfila, hace mucho deporte y descansa poco y nada: en las anchísimas playas de Río todos están de pie.

Los 4.5 kilómetros de Copacabana y los cuatro de Ipanema y Leblon cuentan con 12 puestos en la arena donde hay un salvavidas, vestuarios, duchas y un bar en la vereda. Pero estos puestos son mucho más que eso. Son banderas que identifican clubes secretos. El 8, por ejemplo, en Ipanema, es el enclave gay; al 9 van los jóvenes *cool*; al 10 las familias, y un poco más allá, los cultores del *fitness*. El cuerpo no es algo menor para el carioca. Posiblemente porque va a la playa todo el año y debe mostrarlo, suele estar en muy buena forma. A lo largo de la avenida costanera hay una senda exclusiva para bicicletas y *rollers*, que se suma a la vereda —cada una con su dibujo, ondas en Copacabana, círculos en Ipanema y Leblon— por donde el carioca corre y camina. Y tal es la actividad playera los fines de semana que para evitar atascos de tránsito y hacer que la fiesta sea completa, las avenidas se vuelven peatonales.

El fútbol en Brasil, cinco veces campeón mundial, es una necesidad biológica. Por donde se mire, en las playas siempre habrá cinco o seis pelotas en el aire al mismo tiempo, signo de que varios hombres

están en círculo jugando *altinho*, un juego que consiste en mantener la pelota en el aire. La rutina se completa así: el jugador de *altinho* llega con su bicicleta y la cuelga en un arco o la entierra a medias en la arena. Juega con una bermuda larga hasta la rodilla hasta quedar brillante de sudor, luego se la quita y se zambulle en el mar en *sunga*. También juegan *futvoley*, en el que las manos están prohibidas y hay que lograr que la pelota cruce la red tocándola con el pecho o los pies, y volibol.

En la playa no hacen falta más que el protector solar y unos pocos reales para alquilarse una silla y una sombrilla, y comer y beber algo de lo mucho que ofrecen los vendedores ambulantes: queso a la parrilla hecho en el momento, pinchos de langostinos crocantes, sándwiches, frutas frescas, jugos naturales, agua de coco verde y, por supuesto, cerveza.

Una playa llena de gente un martes a las tres de la tarde podría hacer pensar que se trata de turistas, de gente que no está trabajando, pero no. Los cariocas se mueven a panel solar. Si hay sol, se las arreglan para ir a la playa antes o después de sus obligaciones. Choferes de taxi, abogados, enfermeros y altos ejecutivos comparten el mismo mar, la misma arena con la naturalidad con la que bailan juntos en carnaval o se abrazan cuando su selección hace un gol.

Río cuenta con casi 50 kilómetros de playas. Además de las tres más famosas están São Conrado ubicada a continuación de Leblon, donde aterrizan quienes se tiran en parapente desde el cerro del mismo nombre, y, más allá, las playas de Barra, Reserva y Recreio. Después de otro cerro están las últimas dos, Prainha, elegida por los amantes del surf, y Grumará, un área protegida.

Cuando el sol finalmente se esconde detrás del cerro Dos Hermanos, en Leblon, muchos cariocas aplauden agradecidos por el espec-

INÉS LABORIM

DÓNDE DORMIR

SHERATON RIO HOTEL & RESORT
 Av Niemeyer 121, Leblon
 T. +55 (21) 2274 1122
 www.sheraton-rio.com.br

FASANO RIO DE JANEIRO
 Av. Vieira Souto 80
 T. +55 (21) 3202 4000
 www.fasano.com.br

HOTEL SANTA TERESA
 Rua Almirante Alexandrino 660
 Santa Teresa
 T. +55 (21) 3380 0260
 www.santateresahotel.com

LA MAISON
 Rua Sérgio Porto 58, Gávea
 T. +55 (21) 3205 3585
 www.lamaisonario.com

CASA TURQUESA
 Rua Doutor Pereira 50
 T. +55 (24) 3371 1037
 www.casaturquesa.com.br

DÓNDE COMER Y BEBER

TÉRÈZE
 Hotel Santa Teresa
 Rua Almirante Alexandrino 660,
 Santa Teresa
 T. +55 (21) 3380 0220
 www.santateresahotel.com

FASANO AL MARE
 Fasano Rio de Janeiro
 Av. Vieira Souto 80
 T. +55 (21) 3202 4000
 www.fasano.com.br

ROBERTA SUDBRACK
 Rua Lineu de Paula Machado
 916, Jardim Botânico
 T. +55 (21) 3874 0139
 www.robertasudbrack.com.br

RESTAURANTE BANANA DA TERRA
 Dr. Samuel Costa 198
 T. +55 (24) 3371 1725
 www.restaurantebananadaterra.com.br

RESTAURANTE PUNTO DIVINO
 Marechal Deodoro 129
 T. +55 (24) 3371 1348
 www.paraty.com.br/puntodivino

CASA DA FEIJOADA
 Rua Prudente Morais 10
 Ipanema
 T. +55 (21) 2247 2776

CARLOTA
 Rua Dias Ferreira 64, Leblon
 T. +55 (21) 2540 6821
 www.carlota.com.br

BAR DO COPA
 Copacabana Palace
 Av. Atlântica 1702, Copacabana
 T. +55 (21) 2548 7070
 www.copacabanapalace.com

BAR BARETTO/ LONDRA
 Fasano Rio de Janeiro
 Av. Vieira Souto 80
 T. +55 (21) 3202 4000
 www.fasano.com.br

DATOS ÚTILES

TRASLADOS RÍO DE JANEIRO-PARATY, PARATY TOURS
 Av. Roberto Silveira 11
 T. +55 (21) 3371 1327
 www.paratytravels.com.br

PASEOS EN HELICOPTERO
 Hay nueve opciones de vuelos de entre seis minutos y una hora. Las tarifas van de los 87 a los 500 dólares. Mínimo 3 personas. (T. +55 (21) 2259 6995; www.helisight.com.br)

RÍO SCENARIUM
 Rua do Lavradio 20, Centro
 T. +55 (21) 3147 9005
 www.rioscenarium.com.br

En la playa, la gente vive, se encuentra con otros, se enamora, conversa, toma cerveza, desfila, hace mucho deporte, nada y descansa poco.



LA TERRAZA DEL HOTEL LA MAISON. ANTERIOR: LA FAMOSA PLAYA DE IPANEMA.

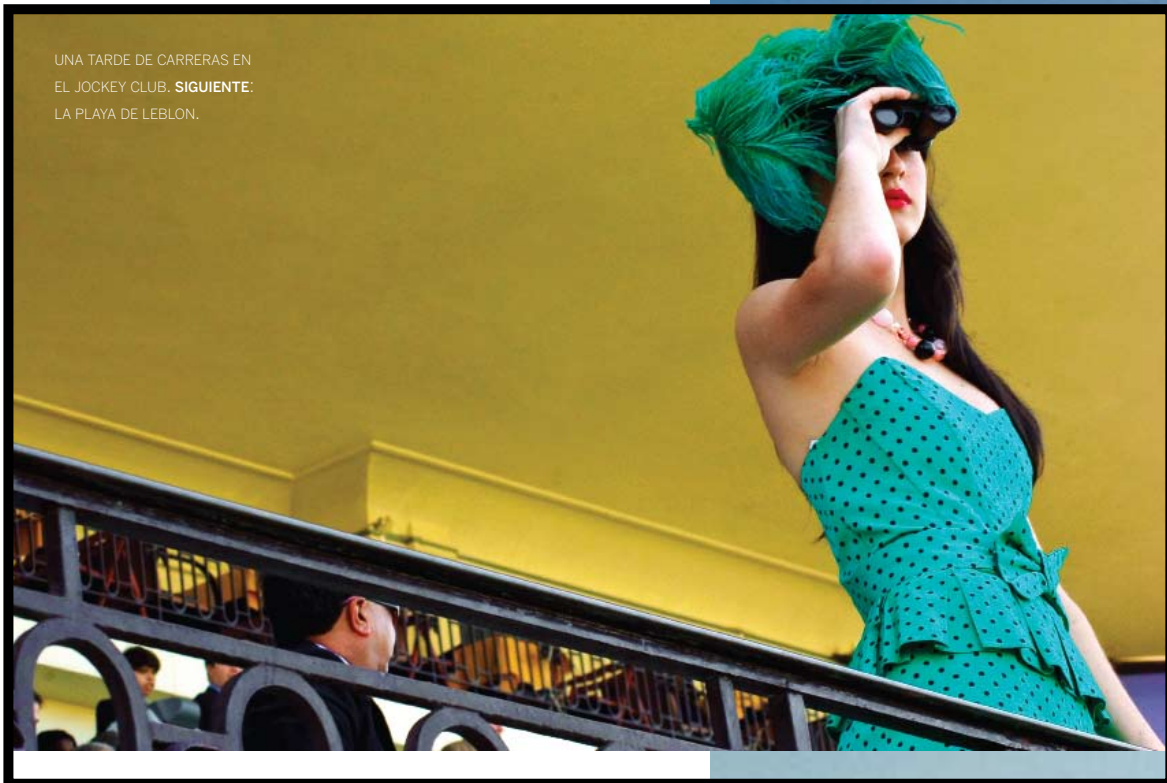
táculo y se preparan para seguir la fiesta con luz artificial. Empieza la hora del bar, desde el más sofisticado al *lanchonete* sencillo o incluso al *boteco*, casi rústico. Llega la hora del *baixo*. Cada barrio tiene su *baixo*, su zona caliente, y todas las noches en todos los barrios, los bares explotan de gente como si fuese un sábado de enero. Un carioca que está solo en su casa no es un carioca.

El Baixo Leblon ronda la avenida Ataulfo de Paiva y la calle Dias Ferreira. Talho Capixaba Delicatessen es un lugar para comprar o para comer en la barra o en las mesitas en la vereda: panes especiales, fiambres, quesos y una pastelería exquisita son parte del menú. Pero no es el único: la pizzería Guanabara, la *bruscherteria* Benissimo, el *lanchonete* BB y el *boteco* Jobi están llenos de gente que entra o sale antes o después de cultivar el cuerpo en los cientos de gimnasios —una obsesión carioca— que se ven especialmente en Leblon. Gávea es un barrio del sur, ubicado entre el cerro Dos Hermanos y la laguna Rodrigo de Freitas. El Baixo Gávea o Begé se extiende alrededor de la plaza Santos Dumont y es famoso por instalar los “lunes sin ley” como una manera de prolongar el desenfreno del fin de semana.

Lapa es otro barrio donde la actividad nunca termina, desde hace décadas. Hoy es el preferido de los sábados y domingos para escuchar música en vivo, pero en los años cincuenta era famoso por sus cabarets y restaurantes a donde iban por igual diplomáticos y artistas, intelectuales y políticos. Años más tarde abrieron bares donde tocan música en vivo, como Semente e Ernesto, dedicado al más auténtico *chorinho*, o Asa Branca, reducto de música popular y forró. Si en el hotel le sugieren ir a Rio Scenarium para ver las *rodas do samba* con música en vivo, no crea que verá un coreografía montada *for export*. Lo que fue una tienda de antigüedades de tres pisos, se tornó lentamente en el sitio a donde los cariocas van a bailar y cantar las sambas de sus amores. Cuesta creerlo, pero no importa que sea un martes o miércoles de octubre. Como si se tratara de un ensayo de carnaval, hombres y mujeres de todas las edades bailan delante de un escenario donde distintos grupos tocan clásicos del género. Cantan la letra a voz en cuello, sonríen y son felices. Bailar samba no es cosa sencilla, pero la alegría es contagiosa y todos los “gringos” presentes lo intentan.

“Dan ganas de haber nacido brasileño”, dice el chileno Jorge Selarón, a pocas cuadras de Rio Scenarium. Sentado sobre su obra de ar-

UNA TARDE DE CARRERAS EN
EL JOCKEY CLUB. SIGUIENTE:
LA PLAYA DE LEBLON.



Siempre dice lo mismo: que vivió en 50 países y que nada se compara con Río de Janeiro.

te —una escalera de 125 metros de alto y 215 escalones azulejada una y otra vez—, Selarón levanta la vista de lo que está pintando para hablar en *portugués*. Y siempre dice lo mismo: que vivió en 50 países y que nada se compara con Río de Janeiro. Por eso, en agradecimiento, hace 20 años que azuleja con los colores de la bandera de Brasil (además de rojo, que lo identifica a él) esta escalera pública que lleva al Convento de Santa Teresa. Él se sienta todo el día sobre su obra, la Escadaria Selarón, a pintar cuadrillos, mientras su mánager argentino, César Gómez, va por el mundo a comprar azulejos, algunos de hasta dos mil dólares. Desde 1977, Selarón pinta lo mismo —una mujer negra embarazada, con ligeras diferencias—, y lo vende sentado allí. Lleva vendidas unas 20 mil pinturas desde que empezó a azulejar la escalera en 1990, y todo lo recaudado lo gasta en azulejos. Su frenesí por azulejar lo hace renovar las piezas para que su obra sea “mutante y volátil”, y ya está tomando el frente de las casas de los vecinos que dan a la escalera. Orgulloso, Selarón pasa lista del currículum de su escalera: Bono filmó un videoclip allí, y una conejita de *Playboy* acomodó su cuerpo en los escalones para una producción de fotos.

Muy cerca de la Escadaria Selarón están los Arcos de Lapa, un antiguo acueducto formado por 42 arcos de 64 metros de altura, inaugurado en 1750. Desde 1896 sirven de vía al pintoresco *bondinho* (en rigor, un pintoresco tranvía eléctrico) que trepa por el cerro de Santa Teresa rumbo al barrio del mismo nombre. Parte de la Estación Carioca, en Lapa, y sube a Santa Teresa por la serpenteante calle Al-

CONTINÚA EN LA PÁGINA 134

INÉS LABORIM



PARATY, ESCAPADA ROMÁNTICA

Apenas 261 kilómetros separan Río de Janeiro de Paraty, encantadora ciudad colonial que invita a dejar el siglo XXI en la puerta. Por su centro histórico no están permitidos los autos, y el empedrado irregular del siglo XVIII, llamado *pé-de-moleque*, literalmente “pie de muchacho”, impone el paso lento, antiguo. Junto con Olinda y Salvador de Bahía, Paraty reúne los conjuntos arquitectónicos coloniales más importantes de Brasil. Entre sus casas blancas con ventanas y puertas de colores, esquinas sin ochava y misteriosos símbolos masónicos en las paredes, hay muchos talleres de artistas, casas de decoración y artesanías, restaurantes de una cocina excelente, bares y heladerías. La iglesia Nuestra Señora de los Remedios, patrona de la ciudad, y la de Santa Rita, levantada en 1772, son dos de las construcciones más antiguas. La de Santa Rita, con sus dos torres simétricas frente al muelle, es la tarjeta postal de la ciudad. Frente a ella parten las lanchas, veleros y *baleeiras* hacia las más de 200 islas de la bahía de Paraty. Los paseos son variados e incluyen paradas en distintas islas para tomar un baño de mar y hacer *snorkel*. La luna y el mar, se sabe, tienen su romance secreto, pero aquí sus efectos son muy visibles: cuando hay luna llena, el mar invade el centro, convirtiendo a Paraty en una Venecia tropical. Casa Turquesa, el más lindo hotel del ciudad, ubicado frente al muelle y el pequeño Mercado de Pescadores, cuenta con botas para que sus huéspedes no se pierdan la experiencia de caminar por sus calles de agua con la casitas duplicadas en el reflejo. Antigua ruta del oro y refugio de piratas, Paraty es perfecta para escaparse y vivir un fin de semana de relax y romance.



El fútbol en Brasil es una necesidad biológica. Por donde se mire, en las playas siempre habrá cinco o seis pelotas en el aire al mismo tiempo.

mirante Alexandrino. Conocido como el Montmartre carioca, Santa Teresa tiene el encanto colonial de las calles empedradas y algunas construcciones del siglo XVIII, marco ideal para los artistas plásticos que pintan a puertas abiertas. Bares y restaurantes son un aspecto clave para entender el ritmo del barrio. El Bar do Mineiro y el Bar do Marco son dos clásicos para tomar una cerveza con carne seca, un plato tradicional preparado justamente con carne seca, cebolla y cilantro, acompañado de mandioca frita. Otros de ambientación más estilizada son Sobrenatural, especializado en frutos de mar, y Espírito Santa, una antigua casa reciclada donde preparan comida del Amazonas.

El mejor bar de Ro, según la revista *Vêja*, está aquí, y es el bar Dos Descasados, dentro del hotel Santa Teresa. El nombre alude al antiguo hotel Dos Descasados que funcionaba allí y recibía a los hombres que dejaban su hogar. Además de una excelente carta de tragos, vinos y vinos espumosos, el atractivo del bar es la ambientación y la incomparable vista al cerro; cómodos sillones, una hamburguesa de langosta y un French Pink Mojito, un cóctel con vino espumoso, ron, jugo de *cranberry* y menta fresca, y el cielo que lentamente se apaga en Santa Teresa. A pocos metros está el restaurante del hotel, *Térèze*, que también recibe a quienes no son huéspedes. Es el único Relais & Châteaux de Río. El chef Damien Montecer aplica las rigurosas técnicas francesas a los intensos productos brasileños y logra platos originales y llenos de color, como los palmitos a las brasas con queso y *dressing* de caña, la langosta bahiana con salsa de frijoles negros y ravioles de alga o el *risotto* de moqueca con camarones para tomar con un Sauvignon blanco chileno. La carta sugiere acompañar cada plato con alguna de las 200 etiquetas de vino del viejo y nuevo mundos. El clima logrado en el restaurante es el mismo que en el resto del hotel: el estilo de antigua *fazenda* de cacao y café se consigue con materiales brasileños como a las maderas de árboles tropicales y las fibras del bananero y del coco, pero en manos de los diseñadores contemporáneos Sergio Rodrigues y Rock Lane. Jardines floridos, una piscina y vistas al puerto, a la Bahía de Guanabara y a la ciudad —se ven los Arcos de Lapa ilu-

minados por la noche— son el privilegio *full time* de los huéspedes de las 40 habitaciones.

CIDADE MARAVILHOSA

Otro milagro carioca es la ausencia de polución visual. Aquí no hay carteles ni marquesinas que impidan disfrutar de los detalles que se perciben a pie: las ondas de la vereda junto al mar en Copacabana, las vidrieras de las tiendas de Ipanema, los monos tití y los tucanes en una palmera. Pero Río adquiere toda su magnificencia desde el aire. Las opciones para admirar su silueta en perspectiva, sus contornos de arena y mar, sus lagunas oscuras y sus cerros y edificios son varias y para todos los presupuestos. Gratis y suficiente es subir a alguno de los hoteles de las avenidas costaneras, como el Sheraton ubicado en el extremo de Leblon, que permite un vista única de las playas de Leblon, Ipanema, el Parque do Arpoador y, más allá, Copacabana.

Volar en helicóptero es la alternativa más cara y la más cómoda. En la cabina no hay que disputarse el espacio con contingentes de turistas de todo el mundo que luchan codo a codo para sacar una foto panorámica, como sucede en el Cristo Redentor. Según la duración, hay distintos recorridos que sobrevuelan las playas de Copacabana, Ipanema, Leblon, el Pan de Azúcar, el Cristo, el puerto y la Bahía de Guanabara, el Estadio Maracanã o las 137 hectáreas del Jardín Botánico. La experiencia es inolvidable. Los vuelos parten del helipuerto en Urca con un mínimo de tres pasajeros, lo que permite compartir el gasto.

Menos oneroso que el helicóptero es subir al Corcovado —“jorobado”, en portugués—; tal es el nombre del cerro de dos picos donde está el Cristo Redentor, símbolo indiscutible de Río de Janeiro. Se pueden subir los 710 metros hasta la cima en auto o tomar el tren que parte cada media hora desde la estación Cosme Velho, al que se suben también músicos que tocan samba los 20 minutos que demora la subida y después pasan el pandero pidiendo una propina. Lo ideal es subir un día sin nubes para que la visibilidad esté asegurada. Elegido una de las Nuevas Siete Maravillas del Mundo Moderno entre veintiún monumentos de todo el mundo, el Cristo abrió los brazos para siempre en 1931. La estatua de 38 metros de altura es coherente con el mensaje que Río tiene para dar: no se trata de un Cristo crucificado, sino uno de semblante sereno que regala un abrazo, que da la bienvenida. Desde la estación de llegada del trenecito a la plataforma en la base del monumento, hay varias escaleras mecánicas con capacidad para transportar hasta nueve mil pasajeros por hora. Eso da la idea del gentío que se apiña. Razones no faltan: la ciudad rendida a los pies se ve más maravillosa que nunca.

El Cristo se ve desde muchos puntos de la ciudad, entre ellos el Pan de Azúcar. Para llegar a la cima hay que tomar dos teleféricos: el primero desde la base en Praia Vermelha hasta la cima del cerro Urca, a 220 metros de altura, y el segundo hasta la cima del Pan de Azúcar, a 396 metros, donde hay varias plataformas que permiten 360 grados de vistas panorámicas: las playas de Leme, Copacabana, Ipanema, Flamengo y Leblon; el macizo de Tijuca y el Corcovado, la Bahía de Guanabara y la ensenada de Botafogo; el centro, la Isla del Gobernador y el puente que une Río con la ciudad de Niterói.

Desde hace meses ya preparan la gran fiesta de fin de año, Réveillon, con música y baile hasta la mañana. Después del Carnaval, que este año comenzará el 12 de marzo, la noche del 31 de diciembre es la fiesta más espectacular: cerca de dos millones de cariocas, vestidos de estricto blanco, se descalzan para caminar por la arena hasta que da la medianoche. Durante 20 minutos continuados se disparan fuegos artificiales, que terminan para darle paso a las bandas y músicos que tocarán en la cima del Pan de Azúcar y en las playas hasta que salga el primer sol del nuevo año.